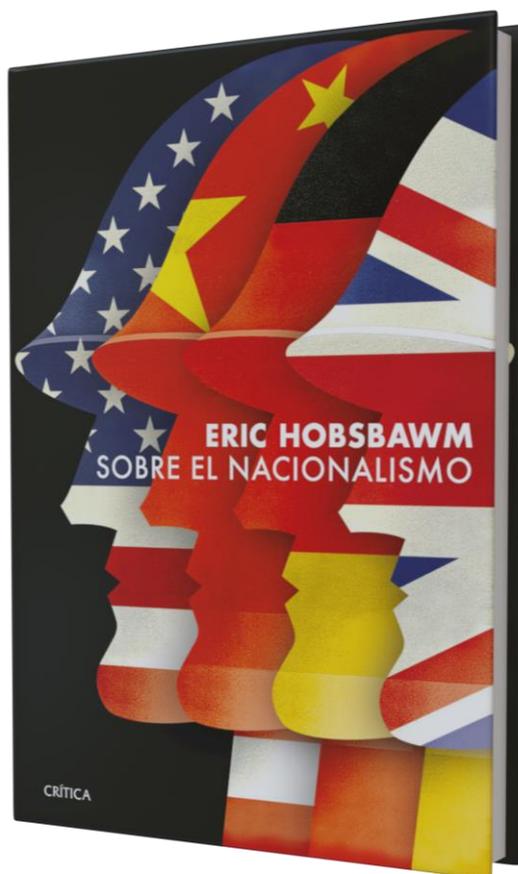


CRÍTICA

# SOBRE EL NACIONA- LISMO

**ERIC  
HOBSBAWM**



**A LA VENTA EL 29 DE SEPTIEMBRE**

**\*Material embargado hasta la fecha de publicación**

**EDICIÓN A CARGO DE DONALD SASSOON,  
DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS**

**PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:**  
Itziar Prieto (Responsable de Comunicación Área Ensayo):  
659 45 41 80/ [iprieto@planeta.es](mailto:iprieto@planeta.es)

# SINOPSIS

«Sigo estando en la curiosa posición de rechazar, desconfiar, desaprobado y temer al nacionalismo allá donde exista... si bien reconozco su enorme fuerza, que se debe aprovechar para progresar, si ello es posible.»

En las dos últimas décadas, los usos del término «nacionalismo» han aumentado vertiginosamente con la creciente marea de partidos nacionalistas. En esta recopilación de los escritos de Hobsbawm sobre el nacionalismo, vemos algunas de las consideraciones históricas críticas que aplicó a este asunto tan controvertido, lo cual es más relevante que nunca, ya que nos encontramos en el umbral de una era en la que internet y la globalización del capital amenazan con borrar muchas fronteras nacionales mientras que, en parte como reacción, el nacionalismo parece resurgir con renovadas fuerzas. Más que cualquier otro historiador de nuestro tiempo, Hobsbawm tuvo mucho cuidado de considerar seriamente estos movimientos y nunca condenar el nacionalismo y el patriotismo como algo simplemente absurdo.

La claridad de su intuición es tan vital hoy como lo fue en su vida: *Sobre el nacionalismo* es un trabajo esencial para cualquiera que quiera comprender este fenómeno.

## EL AUTOR



**ERIC HOBSBAWM** está considerado uno de los grandes historiadores del siglo XX. Nació en Alejandría en 1917, creció en Viena y Berlín durante los años treinta y, después de mudarse a Londres, estudió Historia en Cambridge. A partir de 1947 impartió clases durante muchos años en el Birkbeck College, en la Universidad de Londres, donde se convirtió en profesor emérito de Historia social y económica, además de ser profesor visitante en varias universidades de todo el mundo. Obtuvo diecisiete doctorados *honoris causa* y otros muchos premios y distinciones.

Entre sus numerosos libros, publicados por Crítica, destaca la serie sobre el «largo» siglo XIX, formada por *La era de la revolución, 1789-1848* (1997); *La era del capital, 1848-1875* (1998); *La era del imperio, 1875-1914* (1998) e *Historia del siglo XX* (1998), que ha sido traducida a muchos idiomas y aclamada por Niall Ferguson como «el mejor punto de partida para cualquiera que desee comenzar a estudiar historia contemporánea».

Hobsbawm también escribió sobre otros muchos temas, incluyendo la memoria en *Años interesantes. Una vida en el siglo XX* (2003). Poco antes de su muerte, en octubre de 2012, terminó una colección de ensayos sobre cultura, *Un tiempo de rupturas* (2013), y también dejó instrucciones para la publicación de futuras colecciones: *¡Viva la Revolución!* (2018), editado por Leslie Bethell donde reúne sus escritos sobre América del Sur y América Latina, y *Sobre el nacionalismo* (2021) con la edición e introducción de Donald Sassoon.

# EXTRACTOS DE LA OBRA

## INTRODUCCIÓN

«**A Eric Hobsbawm no le gustaba el nacionalismo.** Como escribió en 1988 en una carta dirigida a un historiador nacionalista de izquierdas: “Sigo estando en la curiosa posición de rechazar, desconfiar, desaprobador y temer al nacionalismo allá donde exista, quizá aún más que en la década de 1970, **si bien reconozco su enorme fuerza, que se debe aprovechar para progresar**, si ello es posible. Y a veces lo es. **No podemos dejar que la derecha monopolice la bandera.** Pueden lograrse algunas cosas movilizándolo los sentimientos nacionalistas... Sin embargo, **yo no puedo ser nacionalista ni tampoco, en teoría, ningún marxista lo puede ser**”.»

«**En esta recopilación de los escritos de Hobsbawm sobre el nacionalismo, vemos algunas de sus consideraciones históricas críticas sobre este asunto tan controvertido,** lo cual es más relevante que nunca, ya que nos encontramos en el umbral de una era en la que internet y la globalización del capital amenazan con borrar muchas fronteras nacionales mientras que, en parte como reacción, **el nacionalismo parece resurgir con renovadas fuerzas.**»

«**Los historiadores, explicaba Hobsbawm, “tienen una responsabilidad para con los hechos históricos en general,** y a la hora de criticar el abuso político-ideológico de la historia en particular”. Si se me permite la expresión, él poseía un poderoso detector de “disparates”; una herramienta esencial en una profesión en la que una inteligencia crítica es tan importante como el buen juicio y la erudición. Hobsbawm reunía todas estas características.»

[...]

«[...] Para él, “ningún historiador serio de las naciones y el nacionalismo puede ser un nacionalista político comprometido”. Y, por ejemplo, dudaba de que un sionista pudiera escribir “una historia de los judíos verdaderamente seria”. **Los nacionalistas creen que las naciones han existido desde tiempo inmemorial. El cometido de los historiadores consiste en refutar tales afirmaciones.**»

«Hobsbawm también **era perfectamente consciente del poder de la historia.** Le gustaba mucho decir que hubo una época en la que pensaba, a modo de consuelo, que los historiadores, a diferencia de los arquitectos y los ingenieros civiles, no podían causar desastres. Con el tiempo, admitió que se había dado cuenta de que **la historia, en manos de los nacionalistas, podía causar más muertes que los constructores incompetentes.**»

[...]

«**Esto nunca le llevó a condenar el nacionalismo y el patriotismo como algo simplemente absurdo.** Podemos comprobar el esfuerzo que realizó para comprender el fenómeno —a diferencia de muchos otros autores de izquierdas—, leyendo el texto que escribió durante la guerra de las Malvinas. [...]»

«En aquella época, **muchas personas de izquierdas estaban consternadas e incluso sorprendidas por semejante estallido de nacionalismo británico.** No así Hobsbawm: “Cualquier persona de izquierdas que no sea consciente de este arraigado

sentimiento y de que este no es una creación de los medios de comunicación... debería reconsiderar seriamente su capacidad para analizar la política». Y, como historiador, recordó a sus lectores que el patriotismo no es algo que se pueda ignorar, y que no debe dejarse en manos de la derecha. No estar de acuerdo con algo no nos da derecho a no intentar comprenderlo.»

**«El punto de partida de Hobsbawm era la relativamente reciente construcción del nacionalismo y de la idea de nación.** Lo consideraba (véase *La era de la revolución*) un fenómeno básicamente europeo. **En el siglo XIX había muy poco nacionalismo en América Latina,** y el que existía era obra de las élites patricias, mientras que las masas católicas seguían pasivas, casi tanto como la población indígena. **No podemos hablar de una conciencia colombiana o venezolana, al menos no en la primera mitad del siglo XIX y probablemente no hasta el siglo XX.** Sin embargo, **Japón era una excepción:** la restauración Meiji de 1868, cuyo objetivo era resistir al colonialismo europeo y construir una potencia japonesa, fue el síntoma de que el problema nacional había alcanzado al Lejano Oriente (*La era del capital*), aunque incluso allí era obra de las élites. **En gran medida, el nacionalismo fuera de Europa fue una consecuencia del poder imperial europeo.»**

**«A finales del siglo XVIII hubo una especie de nacionalismo norteamericano,** pero este tenía que ver con liberarse de Inglaterra y poco en común con su versión actual. La guerra civil se libró para preservar la unidad de la nación. Si la secesión del Sur hubiese tenido éxito, reflexiona Hobsbawm, probablemente hubiera dado lugar a “una orgullosa nación sureña”.»

**«En Europa, el nacionalismo fue el producto de las “revoluciones duales”, la Revolución francesa y la Revolución Industrial británica.** Algunos, como el historiador Elie Kedourie —que definió el nacionalismo como una religión política—, sugirieron que la invención del nacionalismo podía remontarse hasta algunos pensadores de la Ilustración alemana como Immanuel Kant y Johann Gottlieb Fichte como respuesta a la ocupación napoleónica del territorio alemán. **El que alguien se identificase como “alemán” antes de la unificación de Alemania era, en el mejor de los casos, una identificación cultural y lingüística** —aunque muchos hablaban diversos dialectos alemanes—. Así, los habitantes germanohablantes del Imperio austrohúngaro pudieron pensarse a sí mismos como “alemanes” y también como austríacos y católicos. **La identidad alemana moderna se desarrolló en la época de Bismarck como consecuencia de las guerras contra los daneses (1864), los austríacos (1866), los franceses (1870), y la instauración del Reich alemán.** Los “verdaderos” nacionalistas estaban consternados porque lo consideraban la solución de la *Kleindeutschland* (la pequeña Alemania), prefiriendo con mucho la *Grossdeutschland* (la gran Alemania), que hubiera incluido a todos los germanohablantes, incluyendo a los austríacos. Para demostrar lo reciente que es el nacionalismo alemán, Hobsbawm relató las ceremonias celebradas en las escuelas alemanas en 1895-1896 con motivo del 25.º aniversario de la unificación alemana. De manera bastante parecida, **los ciudadanos estadounidenses, muchos de los cuales, a finales del siglo XIX, no tenían una identidad nacional común, fueron “estadounidensizados” mediante un proceso similar que les inculcó una serie de rituales,** como el 4 de Julio o el Día de Acción de Gracias, en los que se conmemoraba una América que les había precedido.»

**«No obstante, las ideas nacionalistas se afianzaron en las décadas posteriores a la Revolución francesa.** No fue necesariamente un movimiento revolucionario, si bien, en la época, **la mayoría de los nacionalistas solían pertenecer a las élites liberales.** En realidad, el persistente atractivo del nacionalismo ha sido su adaptabilidad. En la Rusia zarista, uno podía ser un eslavófilo reaccionario y contrario a la modernización y,

a partir de ahí, un ferviente partidario de la Santa Rusia que intentaba mantener a raya al odiado Occidente. O bien podía tratarse de un patriota revolucionario cuyo objetivo era aliviar el sufrimiento “del pueblo” causado por el gobierno reaccionario y clerical, o liberar a la madre patria del gobierno extranjero. Sin embargo, durante gran parte del siglo XIX, el nacionalismo tendió a identificarse con el liberalismo. **Luego, se lo asoció principalmente con la derecha patriótica,<sup>8</sup> y más adelante, en el siglo XX, el nacionalismo fue mucho más una bandera de la extrema derecha** —siendo sus ejemplos más obvios el fascismo y el nazismo—, aunque en la década de 1930 los comunistas españoles y franceses también ondearon la bandera nacional. **Durante la segunda guerra mundial, los combatientes de la resistencia de izquierdas lucharon contra los ocupantes extranjeros en nombre de la nación y trataron de traidores a los colaboracionistas con los nazis.** La ausencia de una ideología nacionalista estable continuó después de 1945: los movimientos descolonizadores podían ser patrióticos y socialistas; Fidel Castro y el Che Guevara libraron la Revolución cubana con lemas como “Patria o muerte”, al igual que, décadas después, lo hizo Hugo Chávez en Venezuela, que añadió la palabra “socialismo”.»

«En la Europa del siglo XIX, la gente “corriente”, es decir, básicamente los campesinos, apenas eran conscientes de ser polacos o italianos (o irlandeses o húngaros). **Los segmentos de población más tradicionales, atrasados o pobres fueron los últimos en ser captados por el nacionalismo**, aunque finalmente fueron concienciados por sus cada vez más nutridas cohortes de intelectuales, burgueses y baja nobleza; en otras palabras, por las clases ilustradas. Estas fueron las que, al menos inicialmente, construyeron el nacionalismo. Por lo general, el nacionalismo precedió a la nación, a un estado potencial o real, pero necesitaba un criterio ideológico y, en la Europa de mediados del siglo XIX, este criterio tendía a ser radical, liberal, democrático e incluso revolucionario. **Los nacionalistas checos, polacos, finlandeses o irlandeses no querían volver a alguna monarquía antigua o a un estado de cosas primitivo. Todos ellos se consideraban víctimas, ya fuera de los ingleses, los rusos o de los austríacos.** Se sentían diferentes. La lengua importaba, pero la mayoría de los irlandeses hablaba inglés, muchos finlandeses hablaban sueco, pocos italianos hablaban italiano. Lo más importante es que se consideraban víctimas, que culpaban “al otro” de cualquier apuro en la que se encontrasen. **La esperanza que les unía era la creencia en que las cosas solo mejorarían si se separaban, si eran autónomos, más independientes —podemos ver hasta qué punto estos sentimientos son modernos, pues resurgieron durante el referéndum del Brexit celebrado en el Reino Unido en 2016.**»

«En la Europa de mediados del siglo XIX los nacionalistas querían ser **progresistas y modernos, aunque a menudo recopilaban mitos y canciones populares:** “Los mitos y la inventiva son esenciales para las políticas de la identidad...”. Italia y Alemania nunca habían existido como Estados, pero los nacionalistas alemanes e italianos consideraban que, para ser modernos, para ser como las naciones que envidiaban (por lo general Gran Bretaña y Francia), necesitaban tener su propio país. De ahí que **Hobsbawm distinguiera entre la ideología del nacionalismo y las maneras en las que esta ideología fue empleada para servir a un objetivo político, el de la construcción de un Estado que fuese un “Estado nación”.** Por último, esas construcciones necesitaban los instrumentos de las instituciones estatales que impusieran la uniformidad nacional: empleo público, escuelas estatales que enseñasen la lengua “nacional” y, a menudo, el reclutamiento obligatorio. Es fácil imaginarse a un campesino siciliano reclutado por el ejército italiano en 1915, apenas consciente de ser italiano, hablando solo un dialecto, a quien le proporcionaron un uniforme, y a quien le daba las órdenes en italiano —en realidad, un “dialecto” toscano— un oficial piamontés, pidiéndole que disparara, bajo la bandera “nacional”, a unos soldados austríacos en una frontera alpina que a duras penas sabía que existía.»

«No obstante, **el papel principal en la construcción del nacionalismo corría a cargo de la educación primaria.** Entre 1870 y 1914, explicó Hobsbawm, el número de maestros de educación primaria en Suecia se triplicó, y en Noruega el aumento fue prácticamente igual. En los Países Bajos, el número de niños en las escuelas de primaria se dobló; en el Reino Unido se triplicó. En Francia, la educación primaria se hizo obligatoria en 1882. **Su función no solo era la de alfabetizar y enseñar aritmética a los alumnos, sino también transmitir los valores nacionales: “Has de estar orgulloso de tu país”** era la base educativa de las escuelas primarias. **Este sigue siendo el objetivo que desean algunos [...].»**

«No obstante, **la nación no es algo meramente construido desde arriba. Se desarrolla de manera desigual entre clases sociales y regiones. Debe apelar a personas que tienen algo en común.** Hobsbawm se resiste a trazar un camino unívoco, si bien indica que suele producirse una fase inicial “cultural-literario-folclórica”; una fase en la que intelectuales románticos como Johann Gottfried Herder desempeñaron una función importante. A ellos les siguieron un pequeño grupo de nacionalistas entusiastas con un programa político concreto de construcción nacional, personas como Adam Mickiewicz en Polonia, Giuseppe Mazzini en Italia, Daniel O’Connell en Irlanda y Lajos Kossuth en Hungría. En la década de 1890, incluso en el seno de Estados nación bien consolidados presenciamos el crecimiento de movimientos separatistas nacionales como el movimiento Joven Gales organizado por David Lloyd George, el futuro primer ministro liberal, o el Partido Nacionalista Vasco».

«[...] Que un nacionalista es alguien que piensa que él o ella es parte de una nación era axiomático para Mill, y aunque se trata, como Hobsbawm escribió, de un “concepto difuso”, y el de Mill es un argumento un tanto circular, pues solo nos ofrece una guía *a posteriori* de lo que es una nación. Una primera hipótesis de trabajo perfectamente razonable es que **lo único que el nacionalismo necesita es que “un grupo de individuos suficientemente grande... se consideren a sí mismos miembros de una nación”.** Si esto es así, tenemos una nación. **Algo puede unir a esos individuos: vivir en la misma región, hablar la misma lengua, pertenecer a un “grupo étnico”** igualmente indefinible que está siendo perseguido por otros. Hasta aquí no hay mucha diferencia entre el marxista Hobsbawm y el liberal Mill. Pero Mill añadió que “el motivo más poderoso de todos es la identidad de antecedentes políticos; la posesión de una historia nacional”. **Para Hobsbawm —y para muchos historiadores—, una historia nacional no es algo dado: los individuos pueden identificarse como miembros de una nación aunque no vivan en el territorio, no hablen la misma lengua ni compartan la misma cultura.»**

[...]

«**El único teórico del siglo XIX con el que Hobsbawm se identifica [...] es Ernest Renan,** quien, [...] la definió como una “**gran solidaridad constituida por la idea común de los sacrificios hechos en el pasado y los que habrá que hacer en el futuro**”. Pero este pasado, añadió inquietantemente, solía ser un pasado ficticio porque daba por supuesto el “olvido” (*l’oubli*), añadiendo que “el error histórico es un factor crucial en la creación de una nación, razón por la cual el progreso en los estudios históricos a menudo constituye una amenaza a la nación”. **Hobsbawm interpretó que esto significaba que “los errores históricos constituyen una parte esencial del ser una nación”, señalando que “la profesión de historiador consiste en dismantelar tales mitologías, a menos de que estén satisfechos —y me temo que los historiadores nacionales suelen estarlo— siendo los siervos de los ideólogos.”**»

[...]

«Para Hobsbawm el hecho de que, en el siglo XIX, el nacionalismo fuese privativo de las clases ilustradas no implica que, en algunos casos, **también entre las clases populares existieran sentimientos de pertenencia a algo que podríamos denominar una nación.** En esa época, los rusos se consideraban rusos, y ello incluía a muchos ucranianos y bielorrusos, hoy defensores acérrimos de su identidad nacional. Muchos franceses se “sentían” franceses, al igual que algunos ingleses, pero no así los italianos, todavía. Sin embargo, tales identidades debían mucho al territorio, a la religión o a la lengua. Alguien podía considerarse alemán sin pensar en una Alemania unida, y uno podía considerar que Yorkshire era su tierra natal, sin pretender por ello que Yorkshire fuese independiente ni considerar que era una nación.»

«Al margen de la religión, **la identidad principal, en las sociedades preindustriales, tenía que ver en gran medida con el pueblo o la región** —donde la gente hablaba un dialecto similar—. Las migraciones, que aumentaron de modo espectacular durante el siglo XIX, seguían suponiendo desarraigarse del propio pueblo o ciudad, no del propio país. Los venecianos que emigraron a Estados Unidos en, digamos, la década de 1880, podían anhelar volver a Venecia, pero no a “Italia” —un Estado que no fue creado hasta 1861—. Italia debió haber sido para ellos un término relativamente vacío, pero, paradójicamente, los locales los consideraban “italianos” porque en aquellas tierras tan lejanas no se distinguía entre Venecia e Italia. De manera que **nuestros venecianos llegarían a ser más “italianos” en el extranjero que si hubieran permanecido en su tierra,** aunque en su caso **la reciente adquisición de una conciencia “nacional” no fue inspirada o construida por los nacionalistas, sino por “los otros”,** del mismo modo que **el antisemitismo convertiría a judíos laicos y no practicantes en “verdaderos” judíos y quizá incluso en sionistas.** Un enemigo común ayuda a los nacionalistas, pero quienes lucharon en los Balcanes contra el Imperio otomano antes de la primera guerra mundial no combatieron por una nación yugoslava —que entonces no existía—, sino contra lo que consideraban un opresor. Lo mismo podría decirse respecto de los sijs contra los británicos de la Compañía de las Indias Orientales en 1845 o 1846.»

[...]

«En todas partes el nacionalismo tenía poca base popular. **Según Hobsbawm, la idea de que durante las guerras napoleónicas existía entre los alemanes un fuerte sentimiento «nacional» era «mitología patriótica».** El no darse cuenta de que la gente carecía de espíritu patriótico propiamente dicho es lo que causó la práctica imposibilidad de movilizar al campesinado alrededor de la idea de nación en toda Europa. [...]

«**En la que se consideraba la era del nacionalismo —que Hobsbawm sitúa entre 1870 y 1914—, surgieron relativamente pocos Estados nuevos:** Alemania en 1870; Italia en 1861 —aunque en 1870 tuvo lugar una posterior unificación con Roma como capital, y la absorción del Tirol del Sur y Trieste una vez concluida la primera guerra mundial—; después Montenegro, Bulgaria y Serbia, que fueron reconocidas como Estados en 1878; Rumanía, que se convirtió en un reino de pleno derecho en 1881; y Noruega, que se separó de Suecia en 1905. **Ninguno de estos países nació a consecuencia de un levantamiento popular ni de un movimiento nacionalista de masas.**»

«**Puede que el nacionalismo no fuera muy debatido por los académicos liberales del siglo XIX, supuestamente el siglo del nacionalismo, pero tampoco los socialistas le dedicaron mucha atención.** Hobsbawm menciona alguna de las excepciones: Karl Kautsky, Rosa Luxemburgo y, más adelante, Otto Bauer. Fue prácticamente ignorado por Marx y Engels —quien, como es sabido, había instado a

todos los trabajadores del mundo a unirse—, así como por Plejánov y Lenin. Ciertamente es que, en 1913, Stalin escribió su insustancial *El marxismo y la cuestión nacional*, en el que enumeraba las características distintivas de una nación: una lengua común, un territorio común, una vida económica común y una estructura psicológica común. Muchas “naciones” anteriores a 1913, como España, Italia y Suiza hubieran incumplido al menos uno de estos requisitos. Sin embargo, **en general, la izquierda en su conjunto era “internacionalista” solo en el sentido de apoyar a quienes luchaban por una causa acorde con sus postulados.** Por lo demás, organizaciones como la Segunda Internacional y, posteriormente, la Internacional Comunista se basaban en Estados. Incluso la Rusia revolucionaria reconoció a las “naciones”, y con la Declaración de los derechos para los pueblos de Rusia, de noviembre de 1917, estableció, al menos formalmente, los derechos de los pueblos de lo que fue el Imperio zarista a la secesión y a formar Estados separados, de ahí la constitución de las repúblicas soviéticas en 1922, que llegaron a ser quince en 1940 con la absorción de las repúblicas bálticas y Moldavia.»

**«El uso del término “nacionalismo” se popularizó a lo largo del siglo XX, estancándose temporalmente durante la segunda guerra mundial, lo que Hobsbawm denomina “el apogeo del nacionalismo”.** En sus escritos de la década de 1990 y, por tanto, antes de la actual explosión del término, creía que el nacionalismo había perdido importancia, que ya no era un programa político global como lo fue en el siglo XIX. Quizá erróneamente, creía que los Estados nación estaban en retirada y que estos serían absorbidos por la nueva reestructuración supranacional del planeta. **Tal vez fue demasiado optimista cuando concluyó su *Naciones y nacionalismos* dando por supuesto que el apogeo del fenómeno del nacionalismo había quedado atrás [...].»**

**«En las dos últimas décadas, los usos del término “nacionalismo” han aumentado vertiginosamente con la creciente marea de partidos nacionalistas, casi en paralelo con el creciente uso del término “globalización”.** Como Hobsbawm escribió de manera premonitrice, “la paradoja del nacionalismo fue que al formar su propia nación creó de forma automática el antinacionalismo de quienes se veían obligados a elegir entre la asimilación y la inferioridad”.»

**«En el siglo XIX, el nacionalismo consistía principalmente en unir regiones en Estados más grandes que fueron llamados naciones. En el siglo XX, sobre todo después de 1945, los movimientos nacionalistas tradicionales ya no estaban en favor de la unificación —como Alemania e Italia en el siglo XIX—, sino que más bien se decantaban por la separación.** El movimiento secesionista empezó con el desmoronamiento de los imperios del siglo XIX. El fin del Imperio zarista originó el nacimiento de Polonia, Finlandia y las tres repúblicas bálticas; el del Imperio austrohúngaro, el de Austria, Hungría, Checoslovaquia y el reino de los eslavos meridionales (Yugoslavia después de 1945); el Imperio otomano quedó reducido a Turquía. La tendencia hacia la secesión continúa hasta el presente. Algunas han tenido éxito: por ejemplo, Bangladés de Pakistán, Kosovo de Serbia y Sudán del Sur de Sudán; otras han fracasado —hasta ahora—, por ejemplo Biafra, Katanga y Kurdistán. Tras la fragmentación de la Unión Soviética y de Yugoslavia se crearon más Estados, todos ellos supuestamente coincidentes con naciones, aunque el Reino Unido, Bélgica y España, entre otros, han reconocido “naciones” dentro de sus fronteras (Escocia, Gales, Flandes, Valonia, Cataluña, etc.); naciones que podrían escindirse, creando más Estados. En la actualidad, la principal organización internacional de Estados se denomina, de manera engañosa, “Naciones” Unidas, pero es una organización de Estados: como Hobsbawm dijo una vez, no podríamos llamarla “Estados Unidos”...»

[...]

«La idea de que cada nación debería tener su propia lengua es un factor “explosivo”, porque no tiene en cuenta que, históricamente, es bastante normal que existan diferentes lenguas dentro de los límites de un mismo Estado, como es el caso actualmente en muchos países como Bélgica, España, Suiza, Canadá y la India. Ni siquiera los nacionalistas irlandeses fueron capaces de lograr que la amplia mayoría de los irlandeses hable gaélico (la Liga Gaélica no fue fundada hasta 1893), y los judíos sionistas empezaron a hablar una lengua, el hebreo, que solo habían empleado para fines religiosos, e incluso entonces fue necesario inventar el término hebreo para “nacionalismo”. “Una vez más —escribió Hobsbawm—, el sionismo ofrece el ejemplo extremo” de un programa nacionalista prestado que no tenía precedentes en, o conexión orgánica con, la verdadera tradición que ha proporcionado al pueblo judío permanencia, cohesión y una identidad indestructible durante varios milenios. **El factor clave en la creación de una lengua nacional fue el poder político.**»

«Hasta los monarcas europeos del siglo XIX tuvieron que aceptar el principio del nacionalismo, aunque muchos de ellos no “pertenecían” totalmente a la nación que gobernaban. Los hijos de la reina Victoria tuvieron un padre alemán; la madre del zar Nicolás era danesa, y la esposa de este, alemana; el primer rey de Grecia procedía de Baviera; la madre del káiser Guillermo II era hija de la reina Victoria; la madre de Víctor Manuel II, primer rey de Italia, era austríaca; su hijo, Amadeo, se convirtió en rey de España, su hija en reina de Portugal y su nieto, el rey Víctor Manuel III, se casó con Elena de Montenegro. **Las familias reales europeas eran verdaderamente cosmopolitas, “ciudadanas de ninguna parte”.** Esto siguió siendo así hasta hace poco: el marido de la reina Isabel II, el príncipe Felipe, nació en Corfú, su madre fue un princesa alemana (Alicia de Battenberg), y su padre, miembro de la casa de Schleswig-Holstein, era hijo del rey Jorge I de Grecia y de Olga Konstantínovna, de la familia rusa de los Romanov. Pero llegó a su fin con la actual familia real británica: los cuatro hijos de la reina Isabel II se casaron con personas británicas, aunque dos de sus nietos contrajeron matrimonio con extranjeras (una canadiense y una estadounidense). Es probable que a Hobsbawm le hubiera parecido aún más paradójico que, aparte de lo que ha quedado de las familias aristocráticas del siglo XIX, **el único elemento inequívocamente cosmopolita en el mundo de hoy no sea la izquierda internacionalista que abrazó en la década de 1930, sino el capitalismo internacional, libre de recorrer el mundo a voluntad, con Facebook sumando más “miembros” que el islam o el catolicismo y con internet uniendo lo que, en palabras de “La Internacional”, es el género humano.**»

## ÍNDICE

Introducción. . . . .	7
-----------------------	---

### Primera parte El nacionalismo en la historia

1. Dentro y fuera de la historia. . . . .	29
2. El nacionalismo en la era de la revolución. . . . .	43
3. La construcción de naciones en la era del capital. . . . .	61
4. Banderas al viento en la era del Imperio. . . . .	83
5. ¿Cuál es el país de los trabajadores?. . . . .	117
6. La invención de las tradiciones nacionales. . . . .	139
7. La producción de las tradiciones «nacionales». . . . .	157
8. Etnicidad, migración y el Estado nación. . . . .	187
9. El internacionalismo de la clase obrera. . . . .	195
10. Los problemas de definición del nacionalismo. . . . .	215
11. Estado, etnicidad y religión. . . . .	239
12. La franja celta. . . . .	257

### Segunda parte Los peligros del nacionalismo

13. Los límites del nacionalismo. . . . .	277
14. La torre de Babel. . . . .	283
15. La poco convincente «sociobiología» del nacionalismo. . . . .	289
16. El estado de las naciones. . . . .	295
17. ¿Todas las lenguas son iguales?. . . . .	301
18. El desastre de las Malvinas. . . . .	317
19. Beneficios de la diáspora judía. . . . .	337
20. Los judíos y Alemania. . . . .	353
21. Etnicidad y nacionalismo. . . . .	361
22. Los peligros del nuevo nacionalismo. . . . .	377
23. El replanteamiento del nacionalismo. . . . .	383
Notas. . . . .	387
Fechas y fuentes de las publicaciones originales. . . . .	403
Índice alfabético. . . . .	407

# CRÍTICA

**Para ampliar información, contactar con:**

**Itziar Prieto** (Responsable de Comunicación Área Ensayo):  
659 45 41 80/ [iprieto@planeta.es](mailto:iprieto@planeta.es)